

RICARDO DOMÉNECH. *IN MEMORIAM*

FERNANDO DOMÉNECH

Instituto del Teatro de Madrid – RESAD

RICARDO DOMÉNECH murió en Madrid a las diez de la noche del día 10 de octubre de 2010. Estaba esperando una intervención quirúrgica que quizás le habría alargado la vida algunos meses, solo unos meses. Pero él quería vivir para acabar el libro que estaba escribiendo, un estudio sobre el teatro del exilio sobre el que trabajaba desde hacía dos años.

Nació republicano, en Murcia y en 1938. Y mucho del carácter republicano, tolerante y abierto a los aires de la modernidad, le quedó siempre en su vida, en su trabajo y en sus estudios. Vivió una época oscura, en la que se trató de cercenar de la memoria de los españoles lo mejor que había producido el arte, la literatura, el teatro en nuestro país. Su labor, una labor lenta pero sin tregua, fue la de mantener la memoria, la de tender los puentes entre la España interior y la España peregrina, la de hacer que los españoles no se olvidasen de García Lorca, de Max Aub, de Rafael Alberti... y a la vez la de señalar cuál era el gran teatro que se estaba haciendo en nuestro país, por encima de tantos prestigios pasajeros.

Con 18 años llegó a Madrid para estudiar Periodismo en la Escuela Oficial. Y así lo hizo hasta que lo expulsaron por sus ideas políticas. Posteriormente estudiaría Filología en la Universidad Autónoma de Madrid, en donde se doctoró. Pero el veneno del periodismo y del teatro ya se habían introducido en sus venas: fue durante muchos años responsable de secciones fijas de crítica teatral en las revistas *Acento Cultural*, *Primer Acto* y *Cuadernos Hispanoamericanos*, y colaboró en la sección de crítica de libros en *Ínsula* y *Triunfo*. La recopilación de estos artículos, como se ha hecho con los de Díez-Canedo, sería fundamental para conocer toda una época de nuestro teatro. De su labor crítica de esta época podemos destacar una obra que vio la luz en forma de libro: en 1966 publicó en la editorial Cuadernos para el Diálogo *El teatro hoy*, en donde analizaba el gran teatro europeo de su tiempo, apenas representado en España: de Brecht, Ionesco, Beckett, Weiss, Arthur Miller, Dürrenmatt, Max Frisch, Osborne, Wesker, Camus, O'Neill, Sartre... toda una lista de *grandes estrenos perdidos*, como él mismo denominó a aquellas obras fundamentales que no llegaban, por unas razones o por otras, a los teatros comerciales españoles. Se

convertía así en una ventana al mundo del teatro, una bocanada de aire fresco en el pobre panorama escénico de su tiempo. Y esta ventana no sólo se abría al teatro europeo y americano, sino que permitía mirar con nuevos ojos a Valle Inclán, autor reivindicado por Doménech como la base más firme sobre la que se podría levantar el teatro español. Y es una reivindicación de 1966, cuando aún Valle Inclán era para la mayoría de los críticos españoles un gran estilista ajeno al arte dramático.

El doctor Ricardo Doménech no fue profesor en la universidad española, aunque dio clases en varias universidades americanas establecidas en Madrid. Y sin embargo, sus estudios están entre lo más destacado de las publicaciones académicas dedicadas al teatro español del la segunda mitad del siglo XX. De su labor como estudioso no se puede dejar de señalar *El teatro de Buero Vallejo (Una meditación española)*, publicado por primera vez en 1973 y ampliado en su segunda edición de 1993. Treinta y siete años después, y a pesar de las aportaciones de nuevos estudiosos, como Mariano de Paco o José Paulino, sigue siendo el estudio fundamental para conocer el teatro de Buero. En él estableció el carácter fundamentalmente trágico del teatro bueriano, acuñando la expresión de «tragedia optimista» para definirlo, y señaló como uno de sus rasgos de estilo los «efectos de inmersión», que aparecen muy temprano (*En la ardiente oscuridad*) y van pautando la obra de Buero Vallejo a lo largo de toda su carrera. No es exagerado afirmar que el estudio de Ricardo Doménech contribuyó a asentar la condición de clásico vivo de que disfrutó siempre Buero Vallejo.

Ricardo Doménech estuvo además ligado al mundo de la escena. Muy pronto entró en contacto con el Teatro Estudio de Madrid (TEM), en donde trabajó con William Layton y Miguel Narros. Allí conoció a los jóvenes Ignacio Amestoy, José Carlos Plaza y José Luis Alonso de Santos.

En 1968, llamado por el director Hermann Bonnin, ingresó en la Real Escuela Superior de Arte Dramático como profesor interino. Fue la gran época de renovación de la vetusta institución: profesores como el mismo Ricardo, como José Monleón, como Francisco Nieva, como José Estruch, como Antonio Malonda, como Lourdes Ortiz, como William Layton, como Miguel Narros transformaron el panorama pedagógico de la Escuela. Años más tarde, en 1982, Ricardo Doménech ganó la oposición de catedrático de Dramaturgia, que ha venido ostentando hasta su jubilación a los 70 años. Habría querido seguir dando clase, pero en la RESAD no existe la figura del profesor emérito.

Fue director de la Escuela en dos ocasiones. Cómo una persona tan enemiga de la burocracia y tan entregada a la labor investigadora y docente pudo tropezar dos veces en la misma piedra lo explicaba él mismo con palabras que había escuchado a Juan López Morillas durante su estancia en Estados Unidos como profesor invitado: «La burocracia es tan importante que no se les puede dejar a los burócratas». En 1977 fue elegido director por primera vez. Eran los años del inmediato postfranquismo, y en todos los ámbitos de la vida española hervían las ansias de renovación: la nueva dirección, en donde participaba José Estruch, llegado a España desde su exilio en Uruguay y captado para la RESAD por Rafael Pérez Sierra, emprendió la tarea de renovar los estudios de Arte Dramático. Sin embargo, las trabas administrativas se sucedían hasta hacerse insalvables. «De esta forma –escribió el propio Ricardo– llegamos a una situación en que no se resolvía absolutamente nada: desde la aprobación de un nuevo y urgente Plan de Estudios [...] hasta el simple arreglo de unos ascensores o de unas goteras. Dimití». La dimisión se produjo en 1980. Pero reincidió: volvió a ser director de 1987 y 1991. Entonces un gobierno más sensible a las necesidades de las escuelas de Arte Dramático permitió conseguir la equiparación con los estudios universitarios, nuevos planes de estudios, una nueva sede... Conseguido esto, dejó la dirección en las manos de Lourdes Ortiz y volvió a su cátedra.

Ricardo Doménech era un gran profesor. Tenía algo de socrático en su método de enseñanza y en su gusto por la plaza pública. Le gustaban más los cafés que las aulas y a menudo se iba con sus alumnos a dar clase en alguno de los que rodeaban la plaza de Ópera. Y escuchaba mucho. Su inmenso caudal de conocimientos no le servían para aplastar con ellos a sus alumnos, sino para irles indicando el camino de la búsqueda. Cualquier observación de un alumno, por simple o ingenua que fuera, la valoraba y la sopesaba como si fuera el descubrimiento de un matiz inédito, oculto hasta entonces para los estudiosos. Era un entusiasta del teatro y un creador de entusiasmos. En 1990 fundó la revista *Acotaciones*. De aquella primera singladura sólo salió un número. Pero no se dio por vencido, y en 1998 *Acotaciones* volvió a salir, esta vez de forma ininterrumpida. Ricardo Doménech la dirigió hasta 2008. Y a la vez participó en nuevas empresas culturales: era miembro del Consejo Asesor de *Pygmalion* desde el número 0.

Quizás por su sentido crítico nunca escribió teatro. Sin embargo era un destacado narrador. Con veintidós años había ganado el Premio Gabriel Miró, y nunca dejó de escribir narrativa breve. Publicó seis colecciones de cuentos, *El bracero* (1960), *La rebelión humana* (1968),

Figuraciones (1977), *La pirámide de Khéops* (1980), *Tiempos* (1980) y *El espacio escarlata* (1989), además de numerosas narraciones publicadas en revistas y antologías.

En 2004 se le diagnosticó un cáncer. Durante años superó la enfermedad y los duros tratamientos a que le obligaba. Sin dejar de dar clase, sin dejar de asistir a los consejos de redacción de *Acotaciones*, sin dejar de escribir. Reunió y reescribió varios de sus anteriores trabajos sobre García Lorca, los reordenó y así en 2008 publicó su último libro: *García Lorca y la tragedia española*. No era una mera recopilación de artículos, sino, como él mismo decía, «lo ya publicado y lo inédito responde a una unidad: la de una investigación –en marcha desde hace bastantes años– sobre la tragedia y lo trágico en García Lorca (así como en Valle-Inclán y Buero Vallejo)». Era la última mirada sobre un tema que ocupó mucho tiempo y muchas páginas de la obra crítica de Ricardo Doménech.

Pero aún le faltaba un libro, aquel al que dedicó sus últimas fuerzas: el dedicado al teatro del exilio republicano de 1939. Desde que en 1966 había publicado en *Cuadernos para el Diálogo* un artículo titulado «El teatro trasterrado» y desde que en 1967 había tenido la audacia de publicar en la España franquista *Morir por cerrar los ojos*, de Max Aub, nunca dejó de estudiar y editar aquel teatro como una parte irrenunciable del teatro español. Los últimos textos que editó fueron precisamente obras breves de Alberti, Bergamín, Max Aub, Alejandro Casona y José Ricardo Morales, en el libro *Teatro del exilio: obras en un acto*, de 2006.

Esta insistencia en mantener viva la memoria del exilio dio sus frutos también en la escena. Como ha reconocido el propio director, el único gran estreno de Max Aub en España, el *San Juan* puesto en escena por el CDN en 1998, se debe, en origen, a las clases en que el alumno Juan Carlos Pérez de la Fuente escuchaba a Ricardo Doménech hablar de este teatro desconocido para los estudiantes españoles.

Ricardo Doménech escribía sobre papel con lápiz o con bolígrafo (máxima concesión que hacía a la tecnología moderna). Cuando murió estaba escribiendo sobre Casona. Después de la agria polémica que tuvo con el dramaturgo asturiano cuando volvió del exilio, su opinión se había templado mucho, aunque no dejaba de recordar que su teatro «renuncia, lisa y llanamente, a presentar cualesquiera temas o situaciones que puedan inquietar demasiado la conciencia del espectador». Valoraba especialmente *La dama del alba*, con su ambiente mágico, su relación con Lorca y su herencia simbolista. No pudo terminar. Deja también inédito su libro más personal, *Puertas*, un libro misceláneo,

narrativo, dramático, ensayístico, en donde vuelca su fascinación por las puertas y por todo lo que significan: el espacio mítico de la comunicación entre dos mundos, entre lo que está dentro y lo que está fuera, entre la libertad y el encierro, entre lo conocido y lo desconocido, entre la vida y la muerte.